

**EL VERANO EN QUE MI MADRE TUVO LOS OJOS
VERDES DE TATIANA ȚIBULEAC: EL TRAUMA Y LA
MIRADA**

**THE SUMMER WHEN MY MOTHER HAD GREEN EYES
BY TATIANA ȚIBULEAC: THE TRAUMA AND THE
GAZE**

Ioana ALEXANDRESCU

Universidad Autónoma de Barcelona / The Autonomous University of
Barcelona

e-mail: ioana.alexandrescu@uab.cat

Abstract: " *The Summer when my Mother had Green Eyes*" is Moldovan writer Tatiana Țibuleac's first novel and it was praised by both readers and critics. We examine the Spanish version of this novel, which was published in 2019 by Madrid-based publishing house Impedimenta and has reached its fifth edition in less than a year. The design of this novel alternates short chapters and micro chapters consisting of a sole phrase, as well as sarcastic and poetic tonalities, and reconstructs the narrator's relationship with his dying mother during the last summer they spend together in a French village close to the ocean.

Keywords: Tatiana Țibuleac; Moldovan Writers; Family Relations; Trauma Narratives;

Vara în care mama a avut ochii verzi (El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes) es la primera novela de la escritora moldava Tatiana Țibuleac. Escrita en rumano y publicada en 2016 por la editorial Cartier de Chișinău, la novela conoció un éxito indiscutible que se replicó después con su versión española, traducida por Marian Ochoa de Eribe. La versión española, publicada en 2019 por la editorial Impedimenta de Madrid, ha sido acreedora de varios premios y se encuentra ya en su quinta edición.

El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes es la narración retrospectiva de Aleksy, un pintor exitoso que ha sufrido la amputación de sus piernas a causa de un accidente. A sugerencia de su psiquiatra, decide escribir el recuerdo del último verano que pasó con su madre, catorce años atrás, para desbloquear su vena creativa y volver a pintar.

El libro comienza ubicándonos el día anterior al inicio de este verano remoto. Se trata del último día de clase del entonces adolescente Aleksy, un

chico de origen polaco que vive en Inglaterra y que tiene, según sus propias palabras, una enfermedad con un “nombre de dieciséis letras” (Tîbuleac, 2016: 31) y ganas de pegar a la gente. En su último día de clase, se despidió de la escuela en la que “no aguantaban ni las infecciones” (9), de los colegas “defectuosos” y de los profesores “psicóticos” con la intención de pasar parte de sus vacaciones en Ámsterdam. Pero en vez de hacerlo, Aleksy acabará pasando las vacaciones junto a su madre en Francia, en un pueblo cerca del océano. La razón por la cual decide acompañarla es la promesa que ella le hace de ayudarlo a falsificar sus papeles para poder conducir. En cuanto a ella, diagnosticada con un cáncer agresivo, desea pasar en Francia sus últimos meses de vida.

Este último verano con su madre se convierte en la sustancia del libro y en el tiempo esencial de la vida de Aleksy, el corto lapso luminoso de una trayectoria marcada por el trauma: la muerte de su hermana Mika, quien se había perdido accidentalmente, su certeza de no ser amado por sus padres— “si hubieran existido mercadillos de personas, mi madre y mi padre me habrían cambiado por un pulverizador, o, simplemente, me habrían abandonado debajo de un tenderete y habrían salido corriendo” (135)—, la muerte de su madre, la pérdida de sus piernas, la relación perdida con su esposa. Entre un antes y un después repletos de traumas, este verano que, en palabras de Aleksy, no terminó jamás, permite “vivencias, olores y recuerdos que duran días enteros. Estos recuerdos son mi parte más valiosa, la perla deslumbrante nacida de una ostra hueca. El brote verde de la carroña humana que soy” (86).

La reconstrucción de la mirada es uno de los procedimientos más logrados de esta novela. Al principio, Aleksy, quien la “habría matado con medio pensamiento” (7), ve a su madre “bajita y gorda, tonta y fea”, inútil, pordiosera, mal vestida, “una historia continua del fracaso”. Pero a lo largo de las páginas, los atributos negativos, detestados y ridiculizados se convierten en su contrario. La mirada va reconstruyendo el cuerpo de la madre, atenta a sus mutaciones: “Mi madre había cambiado mucho. Ya no tenía una cara redonda rematada por una papada” (101). Esta transformación del cuerpo, y tenemos aquí un aspecto muy hábil de la construcción narrativa, se produce en el cruce de varios niveles, puesto que combina la transformación corporal causada por los estragos del cáncer—“Mi madre había adelgazado y parecía el badajo de una campana” (97)— con la sutileza del cambio ocasionado por el conocimiento, ya que la convivencia con su madre desplaza el punto de vista y la información recibida acaba transformando la mirada: “Ya no consideraba a mi madre una tonta como antes” (102). La transformación afecta también a la ropa y, en vez de las “feas camisetitas con frases” (49) que llevaba toda la vida vistiendo, la madre empieza a estrenar vestidos de varios colores. “Seguía siendo fea [...] pero el

vestido la hacía más delgada [...] En aquel momento sentí—de forma dolorosa y fulminante— que gracias a ese blanco no la odiaba ya tanto (50-51)”, advierte Aleksy su propio cambio interior provocado por el mero cambio vestimentario. También, la transformación opera a veces a un nivel etéreo, simbólico y fantasmal: “Aquel día mi madre era blanca y larga como una sombra matinal y llevaba el cabello suelto”. “Era siempre ágil y diáfana [...] Mi madre era alta [...] No quedaba nada de mi antigua madre.” (72)

La transformación interior del hijo certifica la pérdida del rencor hacia su madre, cuyo retrato enseña cada vez más los surcos del trauma. La mirada de Aleksy reconstruye a la madre ya no como la causante de su dolor— cuando murió Mika, su madre no habló con él durante siete meses—, sino como víctima: mujer que pronto morirá, a la que el marido llamaba “vaca imbécil”, que perdió a su hija pequeña y a su primer amor, un polaco que había venido a Inglaterra solo por ella y había muerto en un accidente de trabajo.

Ciertas posturas y construcciones espaciales que aparecen a lo largo de la novela consiguen acompañar este cambio interior de perspectiva y cobran función simbólica. Por ejemplo, sabemos que el hijo desprecia a su madre, que la ve “desde arriba” en muchas de las páginas; es interesante notar que la ve desde arriba también *de facto*, desde la ventana, “mientras ella esperaba junto a la puerta de la escuela como una pordiosera” (7) en la despiadada descripción del incipit. Y tal como la irá enalteciendo, con una mirada cada vez más comprensiva y amable, también la alzarán, enferma, cuando la lleve en brazos en su bicicleta.

El diseño de este libro verdaderamente excepcional alterna capítulos breves con microcapítulos de apenas una frase, marida sarcasmo y poesía y construye una historia triste y cautivadora. Las primeras palabras del último capítulo—“Aquella noche”—les hacen eco a las primeras palabras del primer capítulo —“Aquella mañana”—, continuándolas a través de la oposición y presagiando el cierre de la historia, a la vez que el número 77 del último capítulo y su última frase—“El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes no terminó jamás” (247)— le añaden a este rumbo temporal la dimensión continua y siempre abierta.

References:

Țibuleac, T. (2019). *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes/ The Summer when my Mother had Green Eyes*, Madrid: Impedimenta.